

# EL JAJA

DE

## ADMIRACION Y DE RESPETO

AL INSIGNE POETA DRAMÁTICO

# DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

EN EL SEGUNDO

## CENTENARIO DE SU MUERTE.

LA REDACCION.

# La Cronica Meridional.

DIARIO LIBERAL INDEPENDIENTE Y DE INTERESES GENERALES.

AÑO XXII.

Precios de suscripcion.—En Almería 6 reales al mes, anticipados.—Fuera franco de porte, por un trimestre 20 rs.—Para el extranjero y Ultramar, un trimestre 40 rs.

Jués 26 de Mayo de 1881.

Precios de insercion.—Anuncios á medio real línea en la 4.ª plana.—Anuncios religiosos y comunicados en la 3.ª plana á real línea.—Para los suscritores la mitad.

NUM. 6,380

## DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

La consideracion de serenos imposible decir nada nuevo, deberia impedirnos hacer la biografía del príncipe de la escena española, del más grande de todos los poetas cristianos, como á Calderon llamaron críticos extranjeros de autoridad; pero el deseo que sentimos de rendir tributo á su memoria—complaciendo al Director de LA CRÓNICA que nos incitó á escribir este artículo sobre el egrégio dramático, cuyo segundo centenario solemnizaba hoy con inusual entusiasmo las principales poblaciones de España,—nos obligó á leer los notables trabajos que se han dado á luz acerca del mismo y de su teatro, con el fin de utilizar cuantos datos conceptuamos indispensables para formar los presentes apuntes biográficos y críticos. (1)

Nació D. Pedro Calderon en Madrid á 17 de Enero del año 1600. Fué hijo de D. Diego, señor de la casa de Calderon y Sotillo y de doña Ana Maria de Henao y Riaño, descendiente de una familia ilustre de los Países-Bajos, ejerciendo aquel el cargo de secretario de cámara del Consejo de Hacienda en los reinados de Felipe II y Felipe III. Pero tal vez sea la circunstancia más curiosa enlazada con su origen el hecho de que tanto él como Lope de Vega, los dos grandes maestros del teatro español, nacieron en Madrid, aunque sus familias eran oriundas del pintoresco valle de Carriedo, en Castilla, donde ambos tuvieron su ascendencia y mayorazgo.

Cuenta el primer biógrafo de Calderon que lloró tres veces en el seno materno, «por entrar en el mundo con la sombra de la tristeza quien, como nuevo sol, le habia de llenar de inmensas alegrías.» Como su familia era distinguida y respetable y la posición de esta en la sociedad bastante elevada, pudo proporcionarle desde luego las ventajas de una esmerada educacion.

A la edad de nueve años entró en el colegio de Jesuitas, en el que recibió una educacion y enseñanza que, como la que Corneille recibia al mismo tiempo al otro lado de los Pirineos, imprimió cierto sello á toda su vida, y mas especialmente á sus últimos años. De allí pasó á la Universidad de Salamanca, donde estudió con aprovechamiento teología escolástica y filosofía, tal cual á la sazón se usaba, derecho civil y canónico. Pero al salir de la Universidad en 1619 era ya Calderon conocido como escritor dramático, circunstancia que á su llegada á Madrid, le proporcionó sin duda el conocimiento de personas que por su posición en la corte podian promover sus adelantos y fortuna.

Arrastrado por el espíritu de la época, tomó parte el año de 1620 en la justa poética que la villa de Madrid celebró en honor de San Isidro, recibiendo en premio de sus esfuerzos un elogio público de Lope. En 1622 volvió á presentarse al nuevo y mas solemne concurso propuesto por la corte para celebrar la canonizacion del Santo, ganando en esta ocasion cuanto podia ganarse por un solo individuo, á saber, un premio con mayores alabanzas aun por parte de su insigne presidente.

En el mismo año y al publicar Lope un tomo con la descripción de aquellas fiestas y regocijos, vemos que el joven Calderon le dirigió como amigo ciertos versos graciosos que éste, agradecido al cumplimiento, colocó despues al frente de su obra. Pero cabalmente por este tiempo perdemos de vista á Calderon como autor durante diez años consecutivos, sin que haya mas noticia de él que la que en 1630 nos dá el mismo Lope al incluirle en su *Laurel de Apolo* entre los poetas naturales de Madrid.

Todo este tiempo estuvo sin duda sirviendo á su patria con las armas en la mano; á lo menos se sabe que en 1625 se hallaba en el Ducado de Milan, y que de allí pasó á Flandes, cuyas desastrosas guerras, hechas con tanto encono de la enemiga civil y religiosa, embargaban á la sazón la atención de toda Europa. El plan y asunto de algunas de sus comedias demuestran suficientemente que durante sus campañas

fué observador atento y perispicaz de los hombres y de sus costumbres, lo cual se evidencia aun mas en las animadas descripciones de localidades que tan á menudo introduce en ellas, y en el carácter de sus héroes, á quienes muchas veces supone recién llegados de aquellas regiones, hablando de sus aventuras militares con tales visos de verdad, que no puede dudarse referian hechos ciertos y reales.

Autor dramático de tantas esperanzas no podia ser desatendido en la corte de Felipe IV, mucho menos cuando por la muerte de Lope, el teatro quedó sin maestro y sin cabeza; así fué que en 1636 fué Calderon agregado á palacio con la obligación expresa de escribir comedias para los teatros reales, y que al siguiente año fué agraciado con el hábito de Santiago; pero aun estas mismas distinciones y honores despertaron de nuevo en él, á lo que parece, el gusto por la vida militar. Apenas principiaba, pues, su brillante carrera poética, cuando estalló con la mayor violencia la sublevacion de Cataluña, promovida por la Francia, y como entre otras medidas tomadas por el Gobierno fuese una la de llamar á campaña á todos los caballeros de las cuatro órdenes militares, Calderon, cumpliendo con este deber, se presentó de los primeros; pero el Rey que no queria privarse de sus servicios en palacio, le eximió del servicio militar y le mandó escribir una comedia. Apresuróse el poeta á complacerlo, y cuando la composita, marchó en seguida al ejército, donde se portó como valiente y leal caballero.

En 1651 siguió el ejemplo de Lope de Vega y de otros ilustres escritores, ingresando en una hermandad religiosa.

A la muerte de Felipe IV, ocurrida en 1665, parece disminuyó algun tanto su valimiento en la corte. Carlos II era de condicion muy diversa de la de su padre, y así es que Solís, el historiador, al hablar de Calderon con referencia al cambio de circunstancias, indica muy oportunamente que «murió sin Mecenas.» Continuó, sin embargo, escribiendo para el público, la corte y la iglesia, y conservando durante su vida toda la popularidad de sus mejores años.

En fin, el día 25 de Mayo de 1681 dejó de existir, con llanto universal y sincerísimo duelo en sus contemporáneos, perdiendo el teatro español un príncipe, la corte un poeta laureado, la Iglesia un ejemplo sacerdote, los pobres un bienhechor, la honra castellana un gran maestro, y cuantos le conocían y trataban un amigo afectuoso, un discreto consejero y un acabado modelo de todas las virtudes sociales.

Fuó enterrado en la iglesia de San Salvador de Madrid, y allí permanecieron los restos hasta que por una suscripcion voluntaria del referido pueblo, fué trasladado al cementerio de la puerta de Atocha, en Abril del año 1841.

Calderon, se distinguia por la belleza de sus facciones, que conservó hasta los últimos años de su vida, merced á lo apacible de su condicion y á la quietud de ánimo en que vivió; su retrato, grabado poco despues de su muerte, presenta una fisonomía á la vez expresiva y venerable, á la que la imaginacion presta fácilmente los ojos brillantes y la voz dulce y armoniosa que le atribuye su amigo y panegirista Lara, al paso que en lo dilatado y arqueado de las cejas recordamos el rasgo mas familiar de los retratos del gran Shakspeare. Su carácter, segun las mas auténticas noticias, era franco y bondadoso, y cuentan que en la vejez solia convidar á los amigos el día de su cumpleaños y les referia divertidas anécdotas de su infancia.

No obstante haber mantenido en vigor durante 70 años la curiosidad y el interés del público con peregrinas composiciones dramáticas, que entre profanas y religiosas se acercan al número de 200, Calderon no fué tan fecundo como Lope, ni tan hábil ó feliz en la expresion de la ternura, ni en la diction tan claro y sencillo. Faltábale el gracejo cómico de Tirso de Molina y de Moreto, la escrupulosa lima y firme propósito doctrinal de Alarcon; á Rojas ni á los autores de segundo orden Calderon de proporciones mas reducidas. ¿Por qué pues, Calderon, que no aventajaba á ciertos competidores suyos en todo, pudo conseguir la preferencia sobre ellos? La respuesta es muy fácil. Para divertir, para entretener á un público, basta darle

en el teatro puro lenguaje, buenos versos, vivos diálogos, sazonados chistes y sensata doctrina; para ir mas allá, para arrebatarse á ese público y entusiasmar á una nacion entera por espacio de medio siglo, era indispensablemente necesario descolarse, como en efecto descoló Calderon sobre todos los dramáticos españoles, en los dos puntos mas importantes del poema escénico: en la forma y en el espíritu, en el cuerpo y en el alma, en arte y nacionalidad.

Su versificación es una música continuada que encanta y enajena, produciendo una especie de arrobamiento celestial, á cuyo mágico efecto se le perdona todo: muchas veces no se le comprende bien, y sin embargo se le oye con delicia.

Calderon es mas gongorino que Lope, Tirso y Moreto; pero el que lea sus dramas, advertirá fácilmente que este defecto lo usa, si así puede decirse, con discrecion y cordura; y como elijiendo los pasajes y las obras en que puede incurrir en él con ménos daño de los efectos teatrales.

Mas por desgracia nació en una época de contagio, en que por todas partes cundian la afectacion y el culteranismo; vió delante de sí á un Lope, que habia sobresalido tanto, sacudiendo las trabas del arte; sintióse él propio mas inclinado á lucir las dotes espontáneas del ingenio, que las que se adquieren á costa de continuo trabajo y de penosa observacion, y halló mas fácil y lisongero pintar con libertad y gracia, que esclavizarse á retratar fielmente costumbres y caracteres.

Expuestos sucintamente los mas importantes sucesos de la vida del príncipe de nuestros dramáticos del siglo de oro de las musas castellanas, con el aditamento de algunas ligeras consideraciones críticas respecto de su teatro, damos por terminado nuestro cometido: siendo tan vasto y dificultoso el exámen del mismo y reducidos al propio tiempo los límites de que podiamos disponer en las columnas de este periódico, nada de extraño tiene que el desempeño resulte imperfectísimo.

A. DE ANDANA.

(Mayo del 81.)

## LIGEROS APUNTES SOBRE LOS AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON. (1)

Bien puede asegurarse que en ningún país nos presenta la literatura dramática composiciones tan características como las que produjo este género en el teatro español; advirtiendo que entre los muchos escritores que le cultivaron (Juan de la Encina, Gil Vicente, Lope de Vega, etcétera), ninguno de ellos llegó á imprimir mayor grandeza á los *autos sacramentales* que Calderon.

Considerados en su fondo son una exposicion de toda la teología y metafísica de su tiempo, la manifestacion del arte teológico y sagrado de aquella época, conforme á la mas alta concepcion cristiana expuesta en aquel profundo y adecuado simbolismo que sólo Dante y Calderon conocieron.

Teniendo los autos tal significacion, es lógica la popularidad que alcanzaron, sobre todo en la época de su mayor florecimiento: el pueblo los consideraba como su fiesta favorita, y los reyes los protegían con visible insistencia, especialmente desde Felipe III, en cuyos dias adquirieron grande esplendor é importancia. A partir del año de 1615 no hubo en España poblacion alguna en donde no se representá-

(1) Acerca de estos originalísimos poemas escénicos, se ha escrito mucho menos que sobre las comedias de Calderon. De los trabajos que conocemos, merecen citarse los siguientes:

Gonzalez Pedrosa: *Discurso preliminar* al t.º 58 de la *Bib.ª de auts. españoles*.

Canalejas: *Los autos sacramentales* de D. Pedro Calderon de la Barca, estudio leído ante la Acad. Española en la sesion pública inaugural de 1871.

Larrea: *Autos sacramentales de Calderon*, artículos que aparecieron en el *Semanario Pintoresco Español*, t.º correspondiente á 1851.

Lasso de la Vega: *Autos sacramentales de Calderon*, cap.º de un libro inédito, que vió la luz en *La Ilustracion Española y Americana*, 1831.

Alvarez Espino: *Ensayo histórico-crítico del teatro español*.

Alcántara y Garcia, Gil y Zárate y Ticknor, en sus sendas obras de Literatura española.

ran estas fiestas eucarísticas, que en las primeras ciudades del reino se ponian en escena con fastuoso lujo y coste, en calles y plazas públicas.

A la alteza del pensamiento unen los autos de Calderon la riqueza y galanura propias de las formas de sus dramas profanos: todas las formas líricas desde el idilio hasta la oda, desde el soneto á la letrilla de pié quebrado, las recorre nuestro grande ingenio en sus autos con el lujo y brillantéz de la escuela oriental.

En ellos es menos frecuente y mas disculpable esa oscuridad de conceptos de que tanto se le acusa á Calderon: ménos frecuente, porque no teniendo que juzgar como en sus comedias, con aquella galantería conceptuosa y afectada de la época, se acerca mucho mas al tono que conviene á cada personaje; mas disculpable, porque donde se muestra mas oscuro es en aquellos pasajes donde con un sentido perpétuamente figurado, tiene que sostener alegorías muchas veces forzadas, siendo de notar, sin embargo, que en algunas ocasiones explica con bastante claridad cuestiones sumamente difíciles de teología.

Calderon no podia dejar de ser profundo y filosófico en ese género simbólico de la dramática antigua, donde tal vez en gènio se encontraba en su verdadero terreno; así que estas personificaciones son todas, con cortas escepciones, naturales, propias, bellísimas y poéticas siempre, sublimes muchas veces. Véase en prueba de lo que afirmamos con cuánto vigor, con qué colorido tan severo pinta en pocos versos al *temor de Dios*.

*Temor.* ¿Adónde estará segura mi vida? Por dónde voy? Si cada paso que doy es sobre mi sepultura. Apenas mueve la planta cuando pienso que la tierra en sus abismos me encierra: cualquier pájaro que canta (bien que con dulce armonía) presumo que es á mi oído de aquella trompa el sonido, que Gerónimo tenia. Muerte y juicio hay, ¿y hay error pena, y gloria, y hay malicia? ¿Adónde de tu justicia seguro estaré, señor?

Sacando en otra parte á escena el *placer* y el *pesar* los caracteriza al momento con un solo rasgo:

*Pesar.* ¿Hasta cuando ha de durar el regocijo, *placer*?

*Placer.* Hasta que llegues tú á ser el que le impidas, *pesar*.

Mas adelante hallándose entre los dos la naturaleza humana, los llama equivocando los nombres, y al advertirlo, dice: Siempre me ví entre los dos, y apurar no supo mi humilde ser, si *pesar* era el *placer*, ó el *placer* era *pesar*.

¿Qué sentidos son aquellos versos en que la *Iglesia* llama á un hijo extraviado! Dice:

Si eres oveja perdida, ó si eres alcon en celo, ten el paso, abate el vuelo, no á dueño pases extraño, vuelve, oveja, á mi rebaño, alcon, vuelve á tu señuelo.

Y cuando lamentándose de la felicidad fugaz y pasajera de la vida, afirma:

que es la dicha breve flor que nace con el albor y fallece con la sombra.

En el auto *La Siembra del Señor*, el sueño se descubre á sí mismo de la manera siguiente:

Soy aquél que á cobrar va de la humana vida el tributo primero que ofrece á la muerte en párias; aquél que hurtándole el medio caudal, es ladrón de casa tal, que aunque falte el hurto, hace el ladrón mayor falta; aquel familiar veneno que prestadamente mata, siendo hijo de la Perea y padre de la Ignorancia; aquel que de tan villano se precia, que en pobres pajas suele estar mejor hallado que no en las delicias blandas de la pluma, porque tiene por enemigos en armas, al cuidado de la honra y al desvelo de la fama; aquél que echado del hombre, se sale cada mañana á buscar la vida, y no la vulgaridad me valga, pues es cierto que voy sólo á perderla, con buscarla; aquél, pues, que siendo siempre sombras, delirios, fantasmas, tal vez suelen ser misterios, que ni se entienden ni alcanzan. En *La villa es sueño*, que es una como

(1) Asombra lo que se ha escrito acerca del autor de *La vida es sueño* y de sus obras; sólo la enumeracion de los trabajos que sobre este punto hemos consultado, ocuparia algunas páginas.

paráfrasis del drama filosófico que lleva el mismo nombre y uno de los mejores autos de Calderon, el *Hombre* representa la figura de Segismundo, vestido como este de pieles, y expresando los mismos conceptos e ideas que tanta celebridad han dado al drama profano.

Los siguientes versos son la trova, por decirlo así, de las famosas décimas de Segismundo, que el *Hombre* recita en el Auto Sacramental:

EL HOMBRE.

¡Oh qué torpe el paso  
Primeró doy!

LA LUZ.

No es acaso  
Que de libertad ajeno  
Nazca el hombre.

EL HOMBRE.

Pues ¿por qué,  
Si ese hermoso luminar  
(Que á un tiempo ver y cegar  
Hace) otra criatura fué,  
Apénas nacer se vé,  
Cuando con la majestad  
De su hermosa claridad  
Azules campos corrió,  
Teniendo más alma yó  
Tengo menos libertad?

¿Por qué, si es que es ave aquella  
Que, ramillete de pluma,  
Vá con ligereza suma  
Por esa campiña bella,  
Nace apénas, cuando en ella,  
Con libre velocidad,  
Discurre la variedad  
Del espacio en que nació,  
Teniendo más vida yó,  
Tengo menos libertad?

¿Por qué si es bruto el que á bellas  
Manchas salpicó la piel  
(Gracias al docto pincel  
Que á un puso primor en ellas),  
Apénas nace y las huellas  
Estampa, cuando á piedad  
De bruta capacidad,  
Uno y otro laberinto  
Corre, yo, con más instinto,  
Tengo menos libertad?

¿Por qué, si es pez el que en frío  
Seno nace y vive en él,  
Siendo argontado bajel,  
Siendo escamado navío,  
Con alas que le dan brio  
Surca la vaga humedad  
De tan grande inmensidad  
Como todo un elemento,  
Teniendo yo más aliento  
Tengo menos libertad?

¿Qué mucho, pues, si se vé  
Torpe el hombre en su creacion,  
Que tropiece la razon  
Donde ha tropezado el pié?  
Y pue hasta ahora no sé  
Quién soy, quién seré, quién fuí,  
Ni más de que ví y oí,  
Vuelva á sepultarse dentro  
Ese risco, en cuyo centro  
Se duela mi autor de mí.

¿No es asombrosa la identidad de pensamiento, de intuición filosófica, y de galanura en la versificación, que en ambas obras se advierte?

La vida es sueño se presta á la imitación tan poco, que de cuantos la han intentado hasta el día, ninguno lo hizo con feliz éxito, como no sea su autor mismo, en el Auto citado y poco conocido,

Otro de los mas singulares y tambien de gran mérito poético, es el titulado *La cena del rey Baltasar* en que Calderon muestra el castigo de la blasfemia humana y enaltece la idea de Dios y de su providencia.

En la escena primera sale *El Pensamiento*, vestido de loco, de muchos colores, y Daniel (que representa el *Juicio de Dios*,) tras él, deteniéndole; y dicen:

DANIEL.

Espera.

PENSAMIENTO.

¿Qué he de esperar?

DANIEL.

Advierte

PENSAMIENTO.

¿Qué he de advertir?

DANIEL.

Óyeme.

PENSAMIENTO.

No quiero oír.

DANIEL.

Mira.

PENSAMIENTO.

No quiero mirar.

DANIEL.

¿Quién respondió de ese modo  
Nunca á quien le preguntó?

PENSAMIENTO.

Yo, que sólo tengo yo  
Desvergüenza para todo.

DANIEL.

¿Quién eres?

PENSAMIENTO.

Cuando esto ignores,  
Vengo á ser yo el ofendido.

Yo, de solos atributos  
Que mi sér inmortal pide,  
Soy una luz que divide  
A los hombres de los brutos.  
Soy el primero crisol  
En que toca la fortuna,  
Más mudable que la luna  
Y más ligero que el sol.  
No tengo fijo lugar  
Donde morir y nacer,  
Y ando siempre, sin saber  
Dónde tengo de parar.

La adversa suerte ó la altiva  
Siempre á su lado me vé;  
No hay hombre en quien yo no esté,  
Ni mujer en quien no viva.  
Soy en el rey el desvelo  
De su reino y de su estado;  
Soy en el que es su privado  
La vigilancia y el celo;  
Soy en el reo la justicia,  
La culpa en el delincuente,  
Virtud en el pretendiente,  
Y en el próvido malicia;  
En la dama la hermosura,  
En el galán el favor,  
En el tahur la ventura,  
En el avaro riqueza,  
En el misero agonía,  
En el alegre alegría,  
Y en el triste soy tristeza;  
Y, en fin, inquieto y violento,  
Por donde quiera que voy  
Soy todo y nada, pues soy  
El humano pensamiento.

Si el temor de prolongar demasiado este ligero artículo no nos detuviera (pues hay que tener presente las condiciones del periódico) en que se dá á luz, citáramos otros muchos pasajes de los autos sacramentales, en los que nuestro gran dramaturgo se muestra admirable: basten las muestras que ya hemos dado, en que la abundancia y riqueza métrica rivalizan con la sencillez, facilidad y armonía de estilo y del lenguaje, siempre calderonianos.

ANTONIO M. DUMOVICH.

(1881.)

## A CALDERON.

¡Génio inmortal, sin segundo,  
Y del arte encarnacion,  
El nombre de CALDERON  
Llena de esplendor el mundo!  
Con su talento profundo,  
Artista, todo lo crea;  
Pintó el palacio, la aldea,  
Y del hombre las pasiones;  
Moviendo los corazones  
Al impulso de su idea.

Su gigante inspiracion  
Supo lucir y brillar;  
Pero aquel siglo pagar  
No pudo su erudicion.  
El del hombre la ambicion  
Nos pintó en LA VIDA ES SUEÑO;  
Ese poema risueño  
Que hace honor á su memoria,  
Y que conserva la historia  
Con orgullo y noble empeño.

Él del mundo las edades  
Recorrió con clara idea;  
Su *Alcalde de Zalamea*  
Encierra preciosidades.  
Sus obras, celebridades  
Son que siempre al mundo dieron,  
Y que siempre recibieron  
Gloria en una y otra parte,  
Pues de Calderon el arte  
Todos, todos aplaudieron.

Soldado en tierras estrañas,  
Las armas en su favor  
Tuvieron un defensor  
Y un atleta en la campaña.  
Él le dió honor á la España  
Con la espada y con la pluma;  
Génio, á quien nada le abruma,  
Arrasó cuanto delante  
Se opuso en un breve instante,  
Cual un mar de hirviente espuma.

Vuelto del campo de Marte,  
Con su gracia y galanura,  
Las armas de la hermosura  
Lególe de nuevo al arte.  
El Mundo de parte á parte  
Y el Orbe de zona á zona  
Hoy sus glorias galardona  
Y límpida como el Sol  
Ofrece al vate español  
Una espléndida corona.

F. RUEDA LOPEZ.

## El Centenario de Calderon.

A través de las edades  
firme, inmutable y eterno,  
sin ceder á los embates  
de los siglos y del tiempo,  
sobre una cumbre gigante,  
que es de su grandeza asiento,  
se levanta soberano  
de la gloria el alto templo.  
Brillan las letras de oro  
en sus recintos espléndidos,  
que allí la fama esculpiera  
sobre los mármoles negros;  
y en ellas se perpetúan  
los inmortales recuerdos  
de los varones ilustres  
que préz á sus nombres dieron.  
Entre las ricas estatuas  
que ornan el palacio inmenso,  
y en la cúspide soberbia  
de un altivo monumento,  
elévase la figura  
de un busto noble y austero,  
cuya ancha frente circunda  
la aureola del génio.

De limpio honor como emblema,  
grabado al pié y en el centro,  
el nombre de CALDERON  
allí aparece severo,  
y en su redor esparcidos  
se vén los róticos bellos,  
de las obras inmortales  
de su númen y su estro.  
Entre todas se destaca  
brillante *La vida es sueño*,  
y al lado *La dama duende*,  
*El mayor monstruo los celos*,  
*El médico de su honra*,  
*El mágico* y otras ciento,  
sin olvidar la memoria  
eterna de Pedro Crespo,  
*Alcalde de Zalamea*  
por el rey Felipe hecho.  
Todos gozan de la fama  
devida á sus altos méritos,  
y de fatigas mundanas  
descansan allí en silencio...  
Mas de súbito, se extienden  
por los ámbitos del cielo  
sordos rumores que lanza  
la multitud á lo léjos,  
y que despues se aproximan,  
y avanzan y crecen luego,  
hasta llenar el espacio  
con sus vibrantes acentos.  
Ábrense las áureas puertas  
del recinto gigantesco,  
y entónces entran por ellas,  
cual olas del mar inquieto,  
muchedumbres agitadas,  
comisiones y cortejos,  
que ante el busto del poeta  
descúbrense con respeto,  
y aclaman su eterna gloria  
con entusiasmo frenético.  
Llevan carrozas doradas  
y pabellones soberbios,  
entre coronas de flores  
y entre presentes selectos;  
y con cánticos sonoros  
y en himnos puros y excelsos,  
alaban del vate insigne  
los singulares portentos.  
Es el tributo que rinden  
á un hijo ilustre los pueblos;  
es la ofrenda con que quiere  
celebrar el mundo entero,  
el segundo Centenario  
de la muerte de D. Pedro...  
Á la celeste armonía  
del soberano concierto,  
la progénie del poeta  
rompe el molde y rasga el sello  
que en la region invisible  
la retiene en lazo estrecho,  
y alzando la erguida frente  
y tomando forma y cuerpo,  
en derredor se congrega  
del pedestal opulento.  
Calla el concurso, en presencia  
de aquel prodigio supremo;  
y entónces la voz resuena  
del *Segismundo* altanero,  
que así su historia relata  
y expresa su pensamiento;  
—«Yo, dice, broté á la vida  
«y fama cobré de egrégio,  
«al soplo de la alma musa  
«y del númen al aliento,  
«que inspirára al gran poeta  
«sus celestiales destellos.  
«Yo alcancé perenne gloria,  
«porque en símbolo presento  
«la prueba de que en el mundo  
«la dicha es humo ligero,  
«que pronto se desvanece  
«del aire al impulso récio;  
«y es justo usar de sus bienes,  
«y gozar en él es cuerdo,  
«con templanza y con mesura,  
«con prudencia y con sos ego,  
«pues empujan las pasiones  
«á un abismo siempre abierto,  
«y al final de la jornada  
«la vida sólo es un sueño.»  
Así exclama *Segismundo*,  
con voz y ademán enérgicos,  
y á sus palabras responden  
murmullos de asentimiento.  
Despues del Príncipe, siguen  
narrando sus altos hechos,  
*Angela*, *Herodes*, *Justina*,  
*D. Gutierre* y *Pedro Crespo*,  
y al referir sus hazañas  
y sus nobles sentimientos,  
pintan y trazan la historia  
del donaire, de los celos,  
de la piedad, del honor,  
y el culto hidalgo al derecho.  
Luego, unidos, se adelantan,  
de emoción profunda llenos,  
hácia el concurso asombrado  
que escuchára sus acentos,  
y los laureles del mundo  
alzando con sus esfuerzos,  
llevávanlos al vate ilustre  
y el busto cifien con ellos.  
El popular entusiasmo  
estalla entónces de nuevo;  
y resuenan por las bóvedas  
maravillosas del templo  
las vivas aclamaciones  
que lanzan los labios trémulos,  
para honrar las puras glorias  
y el nombre inmortal del génio.

P. L'ANGLE.

Almería, 25 de Mayo de 1881.

## LA VIDA ES SUEÑO.

I.

Madrid á mediados del siglo XVII, allá por los años de 1651 al 53, se agitaba incesantemente, merced á las grandes fiestas, con las cuales el buen rey Felipe IV, ávido siempre de placeres y de agradables emo-

ciones, aumentaba profusamente el regocijo de sus súbditos, haciendo de su Corte un mágico paraíso, con perjuicio, fuerza es confesarlo, de los intereses mas importantes del Estado.

Felipe IV. que tal vez hubiera preferido la gloriosa aureola del artista á la régia corona que heredó de sus abuelos, aficionado en particular al teatro, que entónces se desarrollaba hasta en los rincones mas ocultos de España, fué protector entusiasta de los ingenios privilegiados que florecieron en aquellos tiempos gloriosos para las letras; en aquél siglo de oro que aun recuerdan con admiracion todos los amantes de nuestra incomparable literatura.

El antiguo *corral de la Pacheca* (hoy teatro del Príncipe), donde tantos laureles recojieron nuestros mas eminentes dramaturgos, donde el fecundo Lope logró entusiasmar á la muchedumbre que le admiraba elevándolo hasta el pedestal de los ídolos, fué reemplazado al fin por el nuevo y magnífico coliseo del Buen Retiro, donde se escucharon otros acentos dulces y arrebatadores; las notas de otra lira robusta y poderosa.

Calderon, llenaba entónces el vacío que Lope dejaba con su muerte. Aquél teatro modelo, admirado tantas veces en Francia por Racine y Cornille, inspirador de las grandes creaciones de Moliere y gloria de las letras españolas, tuvo otro poderoso mantenedor digno de figurar á la cabeza de los que con mas acierto cultivaron el arte de Thalia.

Madrid formaba entónces un conjunto de abigarrados colores dignos de los mágicos pinceles de Velazquez, el cual supo mejor que nadie trasladar al lienzo el sello característico de las costumbres de aquél siglo.

Cerca del sensualismo, de la voluctuosidad y del escándalo, se levantaba la imagen severa de la Inquisicion. Al lado de la impúdica y desgarrada cortesana, se destacaba la sombra imponente del Santo Oficio.

II.

En el Buen Retiro se representaba una de las mejores comedias de Calderon. La tarde tocaba á su término, y el sol principiaba á esconder sus últimos rayos, perdiéndose por entre el frondoso follaje de los jardines. Algunas avecillas lanzaban al viento sus postreros cantos como despidiéndose del día, doblando la cabeza entre las temblorosas alas y buscando un paraje oculto donde pasar la noche. Grandes grupos de gente se agolpaban entre tanto á las puertas del régio coliseo, esperando sin duda, con marcadas muestras de impaciencia, la salida de aquellos afortunados que dentro del espacioso salon, lanzaban gritos de entusiasmo, bien al escuchar la entonacion robusta del célebre Alonso Morales, bien conmovidos por el acento delicado de la Josepha Baca, y por último, regocijados y alegres con los chistes y sutilezas del no menos famoso Juan Rana, príncipe de la risa, gran bellaco y bufon de aquellos tiempos, por todos festejado y aplaudido, pues que todos gozaron de sus gracias y donaires.

Titulábase la comedia representada *El Alcalde de Zalamea*, y el público llenaba completamente el coliseo, ávido siempre de nuevas emociones. Lo mismo el hidalgo seco y estirado, de ropilla estrecha y empolvada, que el honrado menestral orondo y mofletudo; lo mismo el estudiante travieso que oculta bajo los pliegues de su larga sotana, la vieja espadilla que hurtó atrevido durante sus correrías, que la doncella descarada con mas untos y drogas que tienda de peluquero, todos en fin se agolpaban impacientes á las puertas del Buen Retiro, formando un espantoso descomuerto con sus gritos y su charla semipiterna.

Todos los desocupados que entónces frecuentaban las gradas de San Felipe el Real, llamadas vulgarmente *el Mentidero*, buscaban solaz y entretenimiento en aquellos jardines favoritos de la nobleza, dispuestos á murmurar del desgraciado que acertase á pasar por delante de sus ojos. Unos ensalzaban grandemente los encantos incomparables de la Calderona, favorita á la sazón de Felipe IV, otros comparaban á la Riquelme con las mas hermosas deidades del universo; quién inventaba estrañas aventuras, haciendo correr de boca en boca sus cuentos y patrañas, sus hipérvoleas exageraciones, quién comentaba las mejores producciones dramáticas de aquellos tiempos, todos clamaban á la vez sin entenderse, todos se agitaban en confusion lanzando improperios ó carcajadas, formando con sus trajes vistosos un conjunto de abigarrados colores, atropellándose horriblemente, y algunos mas atrevidos murmurando en voz baja frases cortadas y enronquecidas por la cólera, quejándose amargamente del Gobierno, costumbre, por desgracia, bastante antigua en nuestra patria, y que hasta cierto punto se encuentra justificada.

Sonaron al fin nuevamente grandes y prolongados aplausos dentro del coliseo, voces destempladas y exclamaciones entusiastas, seguidas despues de algunos murmullos roncós é inteligibles.

En aquellos instantes, recitaba irónicamente el buen alcalde Pedro Crespo, los sofisticos versos siguientes, en contestacion al rey Felipe II.

Señor como los hidalgos  
viven tambien por acá,  
el verdugo que tenemos  
no ha aprendido á degollar.  
Y esa es querella del muerto,  
que toca á su autoridad,  
y hasta que él mismo se queje

no les toca á los demás.

Corrida al fin la cortina, despues de algunos chistes y agudezas del gracioso ó bñtarga, que en aquellos tiempos formaba la parte mas importante de la *compañía*, agitáronse de nuevo los grupos y corrillos de gente que á la puerta aguardaban, abriéndose respetuosos y guardando gran silencio, dando paso de este modo á un anciano de andar reposado y magestuoso, vestido con el hábito de los Presbíteros, naturales de Madrid, y ostentado sin orgullo ni altanería la cruz encarnada de los caballeros de Santiago, en el lado siniestro de su ropilla.

Seco de carnes, enjuto de rostro, triste y cabizbajo, causaba el anciano admiración y respeto á todos cuantos le contemplaban, siendo el blanco de todas las sonrisas y de todos los saludos y objeto de la curiosidad que en aquellos momentos se despertaba entre la gente, que abriéndole paso le prodigaba todo género de elogios, viéndole desaparecer entre el follaje de algunos bosquecillos.

Pensativo y ensimismado, caminaba el anciano, buscando sin duda por aquellos sitios la soledad y el silencio, y entregado inconscientemente á sus reflexiones, único goce que resta al hombre en los momentos mas angustiosos de su espíritu.

Sus ojos clavados en el cielo, parecian elevarse al infinito, investigando los secretos ocultos entre las densas brumas del espacio; misterios desconocidos y vedados á la profana mirada de los hombres. Su respetable cabeza, cubierta por largos hilos de plata, revelaba bien claro las grandes y reñidas batallas del espíritu, las luchas intelectuales del pensamiento que encerrado en estrecho circulo de hierro, golpeaba incesantemente sobre el cráneo, apagando á cada golpe un latido en su corazón y marcando un surco amoratado, sobre su frente tostada por el sol del Mediodía.

Dos ó tres veces interrumpió el anciano su camino, dejándose al fin caer con desaliento sobre un banquillo de piedra y lanzando algunos suspiros melancólicos, sumido al parecer en la mayor tristeza.

Las hojas que formaban el bosquecillo susurraban dulcemente al chocar unas con otras, movidas por el viento de la tarde, y algunas florecillas, místicas y deshojadas lanzaban el postre perfume, temblando sobre sus tallos, y besando con sus corolas el polvo del paseo.

El buen hidalgo encontraba al fin la soledad y el silencio, huyendo de los gritos, de los aplausos que aun resonaban fuertemente en sus oídos. Sus labios dejaron escapar estas palabras: ¡Ah! la gloria; chispa de oro que brilla por un momento en la oscuridad, apagándose despues y dejándonos en las tinieblas. La idea, el pensamiento; lucecilla que alumbraba nuestra mente, oscilando en el cerebro; rápido cometa que cruza el negro espacio dejando huellas de oro por donde pasa y fatal deslumbramiento en nuestros ojos. La felicidad no es la gloria. El recuerdo de nuestras mas bellas ilusiones, el letargo dulce de nuestro espíritu que aun se agita poderoso dentro de un cuerpo miserable y agoviado por los años, todo eso es la felicidad, todo eso es la gloria, un sueño, un imposible.

Quedó el anciano inmóvil como las estatuas que á su alrededor se destacaban, envueltas entre el follaje de los jardines. De pronto, sonaron algunas carcajadas, y una alegre pareja cruzó despues por delante de sus ojos embobada en la contemplación de aquellos sitios enriquecidos pródigamente por la naturaleza.

Ella era joven y hermosa, él apuesto y galán, entrambos formaban un conjunto encantador; la felicidad les sonreía; las sombras se apartaban á su paso.

El viejo hidalgo quedó de nuevo sumido en la soledad y en el silencio. La juventud, el amor, la hermosura, todo se alejaba, como visiones vaporosas del sueño, todo volaba á regiones desconocidas y ocultas al pensamiento. El viejo lanzaba tristes miradas á su alrededor, aspirando el perfume delicioso de las místicas florecillas.

Aun quedaba dulce música en su oído.

III

El anciano volvió á emprender su camino todo meditabundo y entregado por completo á sus pensamientos. Salíó al fin de los jardines del Buen Retiro, penetró por los antiguos barrios de Madrid, parándose junto á una casa sùcia y destartalada de la calle Mayor, (no lejos de la Plaza de la Villa), y dando grandes aldabonazos sobre su puerta descomunal y ennegrecida por el polvo, no tardó en hallarse en el interior de unos estrechos corredores, que hasta su pobre estancia conducian.

Anduvo algunos momentos sumido en la mas densa oscuridad, hallándose al fin en su aposento, dentro del cual se divisaban, á la trémula luz de una linterna, varios libros y pergaminos revueltos en confusión, sobre una enorme y desvencijada mesa, un sillón de extraordinarias proporciones y algunas armas antiguas que olvidadas en un rincon, todas llenas de orin y lastimosamente enmohecidas, demostraban las antiguas aficiones de su dueño.

Una vez recostado en el sillón de cuero el viejo hidalgo, perezoso y abismado en sus meditaciones, con voz entrecortada y casi inteligible murmuró lentamente estas palabras: «¡La juventud! Mi cuerpo endeble y miserable aun conserva el fuego varonil de sus primeros años!...»

Y en aquellos instantes, una imagen cruzó por sus tranquilos ojos.

¡Caso extraño! Un apuesto capitán de los tercios de Flandes, con sus espuelas do-

radadas, sus bigotes retorcidos á la borgoñona, su airoso chambergo de anchas plumas, apoyado indolentemente en su tizona, se presentaba ante su vista, como una vision cerniéndose sobre el braserillo de un mago. Era él, joven, risueño y henchida el alma de ilusiones.

Huyó la imagen y el hidalgo exclamó de nuevo, llevándose respectivamente las manos al pecho y á la cabeza, que eran las partes más doloridas de su cuerpo: «¡Nieve arriba, fuego abajo! Aun ocultan las cenizas algo que abrasa, algo que siempre existe, algo que nunca acaba!»

«¡He vivido y he soñado! ¡Despierto y me hallo viejo! ¡Qué pronto!...»

Y en estas últimas palabras encerraba el poema de su vida.

J. ALCAZAR HERNANDEZ.

EPISTOLA.

Almería veinte y cinco de Mayo.

Sr. D. Pedro

Calderon: Usted dispense A este misero coplero Que fige sus pobres ojos En el Sol de vuestro ingenio Que ilumina el ancho mundo Sus claros rayos vertiendo Sin que una nube traidora Los eclipse ni un momento. Mucho he vacilado antes De escribiros estos versos Que serán notas perdidas En el grandioso concierto Que hoy el orbe literario Dedicá á vuestro talento. Yo resistime á la empresa Para la cual soy pequeño, Pero, al fin, sucumbí humilde De la amistad á los ruegos, Y esta epístola os dirijo Que puede servir de ejemplo Tanto de vuestra paciencia Como de mi atrevimiento, Pues con permiso de todos Los que os celebran ya muerto (Y que si estuviéseis vivo Os quitáran el pellejo) Yo opino, ilustre dramático, Que acaso el mejor obsequio Que os pudiera hacer España Y sus poetas egrégios, Era formar una hoguera Con todos los mamotretos Que en honor de vuestra musa En los literarios centros Se leerán, de nuestra patria, Y como yo soy modesto Entregaré para mecha A fin de que arda el primero Este papel que os escribo Rebosando de ira el pecho Contra el hipérita mundo Que escuchó vuestros conceptos Con la misma indiferencia Que oye las coplas de un ciego, Como hizo con Cervantes, Con el inmortal Quevedo, Y otros ingenios famosos Que admiran los extrangeros Y nosotros olvidamos En el triste cementerio Donde en mezuquino sepulcro Duermen sus helados huesos...

Hace dias los periódicos Referian el entierro De un poeta, y la cogida Del simpático Frascuelo. Media docena de amigos Marchaban en pòs del fòretro Del alumno de las Musas, Y cuando salió el torero Para marcharse á su casa, Llevando solo en el cuerpo Los dos ojales que el toro Le hizo con sus largos cuernos; Las mas hechiceras damas, Los nobles y los plebeyos Siguieron el carruaje Donde el que mata becerros Iba con la misma pompa De César y de Pompeyo. Ya veis por estas noticias Que no han variado los tiempos Ni las costumbres de antaño, Y, si es verdad, que en los vuestros Asaba la Inquisicion, A filósofos ateos, A brujas y endemoniados, Y á crayentes de Lutero, En estos felices dias Que alcanzamos los modernos Hay otras calamidades Si Inquisicion no tenemos. Hay sistema electoral Y segun son los Gobiernos Así son los Diputados Que salen de los pucheros; Ó de las sagradas urnas; Y resucitan los muertos, Y hay verdaderos milagros Como é el cambiar de sexo Las mugeres y los hombres, Y amenizan todo esto Palizas y cuchilladas, Escándalos y jaleos, Asonadas y motines, Disturbios, riñas y pleitos. Hay modistos y gomeros, Frailes y monjas á cientos, Y caciques que se tragan En un año medio pueblo, Y generales peritos En hacer pronunciamientos, Y aunque perdimos á Flandes Hay tambien muchos flamencos. Hay muchachas que se casan Por el oro con un viejo

Y estudian la anatomia En vivientes esquelotos, Y hay tambien pollos imberbes Que tienen un fin funesto Y á una vieja dan su mano Por atrapar su dinero. Son las mugeres de hoy dia Lo mismo, señor D. Pedro Que eran las que conocisteis Cuando vos érais mancebo. Tapábanse con el manto Entonces el rostro bello Recatando sus hechizos En los bailes y paseos, Y usaban solo chapines Y amplias enaguas de lienzo Que parecian fragatas Navegando en mar sereno. Mas hoy hacen lo contrario, El rostro vá descubierto Y la garganta y los hombros Y aún las fronteras del seno. Usan botas con tacones, Algunas de medio metro Y todas son buenas mozas Con talla de granaderos. ¡Y los vestidos? ¡Dios santo! De los vestidos no hablemos. Todas van dando saltitos, Dibujando los perfectos Contornos de sus hermosura, Metidas en los estrechos Moldes de esos raros trajes, Moda que inventó el infierno Para perder á los hombres Que así en sus redes caemos. ¡Y con qué arte varian El color de sus cabellos! Aquella que era más rubia Que la misma diosa Vénus De repente se nos muestra Con el rodete muy negro, Y la que tenia los rizos Como las alas de un cuervo Se hace rubia en un instante Con unturas y cosméticos. En fin, poeta ilustre, estamos Mucho mejor que queremos: La deslealtad por las nubes Y la virtud por los suelos, El honor en la picota, El pudor con grillos preso, Los sábos en las buhardillas, Los tontos en candelero, La inocencia con andrajos, El vicio con terciopelos, La honradéz entre corchetes, La justicia sin el peso. La nacion que tuvo un dia A sus piés al universo Por un báculo de caña Trocó su potente cetro! Para ver tales miserias Y el estado de estos reinos No salgais de vuestra tumba... Seguid, Calderon, durmiendo!

Mucho pudiera contaros, Trovador á quien venero, Gigante de la poesia, Aguila del pensamiento, Faro que lucirá siempre Con brillo impercedero: Mas juzgo que estareis harto De romances y sonetos, Y del diluvio de odas Que en honor de vuestros méritos Lanzará la turba-multa De poetas callejeros Que hoy se os suban á las barbas Y así os faltan al respeto. No quiero yó de tal crimen Hacerme un instante rey Y que mi nombre figure En cabeza del proceso. Ante vuestra inmensa gloria Me postro, como un pigmeo; Para mirar vuestra frente Ni á alzar los ojos me atrevo; Yo soy luciérnaga humilde Y vos sois el Sol espléndido... Vos sois el gran Calderon... Yo soy un pobre caldero!

JUAN GUTIERREZ DE TOVAR.

Á CALDERON,

CON MOTIVO DE SU SEGUNDO CENTENARIO.

«Será verdad que llegará á tu oído El eco acorde que tu nombre aclama, El son del himno que en tu honor se eleva, La voz del váte que tus glorias canta? Será verdad que en tu mármol lecho El triunfo escuchas que tu génio alcanza, Y en gozo lates al mirar rendidos Do quier tributos á tu egregia fama? Tú, que la vida comparaste á un sueño, Que ya pasaste á la region lejana Dó las visiones de ese sueño mismo O bien se borran, ó á lo mas se cambian, Acaso aun tienes realidad viviente, Sueñas de nuevo estas quimeras pálidas. O eres tan solo una abstraccion, y alientas Cual un recuerdo en nuestras propias almas. Desciframe tan turbador enigma; Accede ¡oh génio! Como Hamlet, largas, Eternas noches he pasado en vano En penetrar estas materias árduas. De Segismundo la doliente sombra Me aparecia en la desierta estancia, Para decirme que la vida es sueño, Vision el sueño que aparece y pasa, Yo lo toqué por esperiencia propia, Amé, viví, cuando feliz soñaba, La muerte vino, disipó mi sueño, Y ¿qué hallé en torno? Soledad; la nada; La única luz de la existencia mia

Por siempre huyó, como fugáz se apaga Hermosa estrella que en los cielos surge Y vá á perderse entre la mar lejana; En noche eterna se abismó mi espíritu, Y en mi florida juventud, la escarcha Heló mi corazón, como esas nieves Que á los verdoros prematuros matan. Caí del cielo como el ave herida, Como al abismo el ángel de la fábula Y es mi existencia como nave rota Que vá á merced de las revueltas aguas, ¿Hay puerto á que arribar? Lo desconozco; Tú que alcanzaste las ignotas playas De la muerte, las únicas benéficas, Que nuestros duelos incesantes, calman, Hoy que no puedes encontrarte léjos De aquí sino eres apariencia vana, Aclara este misterio, oye mi súplica, Contesta, Calderon, á mis palabras.

La vida es solo un sueño. ¿Qué es la muerte? ¿Otro sueño tal vez? ¿Tal vez la nada? En vano lucha mi agitado espíritu Por descifrar estos arcanos. Habla. En este dia esclarecerse debe Tan profunda cuestion. Si muere el alma, Si solamente en nuestros séres vive, Y estos, cual sombras, pasarán mañana, Si el recuerdo es la vida de ultratumba, El monumento que á tu augusta fama La Pátria eleva y á tu eterna gloria, Basada está sobre ceniza ingravida. Mentira es todo: vanidad; quimera; Renombre; gloria; eternidad; palabras Que huecas suenan en las huecas tumbas Y arrastra el viento en sus sonoras ráfagas; Y amor, belleza, juventud, las pérdidas Sirenas dulces, cuya voz encanta, Traidoras sirtes al viajero ofrecen, Bajo estas olas de tu vida plácidas.

Mas ¡ah! si existe otra region recóndita Donde ha de hallarse la vision pasada, Dó tienen vida y resplandor los génios Por si, aun borrados de la mente humana, Si hay una costa, aunque remota, amiga, A donde arriban vuestras naves naufragas, Renombre, gloria, eternidad son ciertos, La vida es sueño, pero nunca acaba; Trasfórmase como la larva tímida Que el sueño deja de feliz crisálida, Para, al hallarse mariposa fúlgida, Tender al cielo sus abiertas alas; No se interrumpe lo que aquí comiénzase Sino por breves pasajeras pausas, Ni el génio pierde sus fulgores vívidos, Ni el caro objeto de su amor el alma.

¡Hay que elegir! Tú, Calderon, contéstame; Tu noble sombra detenida, calla; Esfinge inmóvil, permanece muda; Atrás, ideas de la mente osadas. Límites tiene el anchuroso Occéano, Orbita el sol y de la azul montaña Jamás la frente al firmamento toca, ¿Cómo, insensata, la razon humana Quiere salvar sus racionales límites, Romper sus fuertes naturales vallas? Revuélvase como la mar indómita, Ruja impotente en eternal borrasca, Luche doquiera con gemidos lúgubres, Rompa en espumas de deshechas lágrimas; Y si al bogar por la existencia mísera Mágica estrella el firmamento esmalta, Ora de un génio como tú esplendente, Ora de un sér halagador al alma, Póstrase ante ella el conturbado espíritu, Como el marino sobre frágil tabla Cuando perdido entre las ondas miráse, Y, al elevarle su primer plegaria, Ruéguele infunda al desgraciado naufrago La luz divina de la fé que salva.

ANTONIO LEDESMA.

EN LA TRASLACION

DE LOS RESTOS

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA, al Cementerio de San Nicolás.

Gloria y delicia de los patrios lares, ¡Buen Calderon!, de tu fecunda vena El copioso raudal el orbe llena Venciendo espacios y cruzando mares.

Diffunden hoy tus dramas á millares Las prensas de Leipsick, los oye Viena, Y hasta en las playas bálticas resuena El cisne del modesto Manzanares. ¡Oh hispana juventud! Si al arduo empeño De hollar del Pindo la sublime altura No te alentare porvenir risaño,

Esa pompa, ese mármol te asegura Con muda voz que, si la vida es sueño, Siglos de siglos el renombre dura.

Juan N. Gallego.

ALMERÍA.